

HALCÓN DE MAR

Las más nobles naves fueron las que antaño
surcaron los gigantescos y azules mares;
los capitanes y marineros que las tripulaban,
hombres sinceros, intrépidos y leales.

Sus navegantes las enfilaban por caminos certeros,
sin mayor guía que la luz de los astros.

La fría agua de mar no los amedrentaba,
sus compañeros: Orión y Marte.

Impulsados suavemente por el aire de Dios,
buques y cúteres se hacían a la mar;
inquebrantables, sólidos, navegaban con valor,
sin temer mares bravíos, tempestad o temporal.

Se conocen muchas leyendas de lo profundo,
pero ninguna producía tantos espantos,
y añadiría, ponía a los bravos marinos de rodillas,
como las leyendas del temido buque de corsarios.

—¡Niño! ¡Ven aquí! —rugió el viejo Craig.

—¿Niño? Sí, ese soy yo. Thomas... Thomas Craig, un
muchacho de 16 años. Tras la muerte de mis padres, me

encontré bajo los cuidados de mi tío, el capitán Joseph T.
Craig. El último de mis parientes con vida.

En la aldea se rumoreaba que el capitán era un hombre
acaudalado, y que poseía una enorme fortuna en oro,
pero que la había puesto a buen recaudo o perdido a
manos de los temidos piratas que surcaban aquellas aguas
misteriosas. No obstante, la veracidad de aquel rumor
escapaba a mi conocimiento pues vivía de manera frugal y
esperaba que yo hiciera lo mismo.

El capitán Craig era un viejo lobo de mar. Nunca había
contraído matrimonio, y mucho menos cuidado de un
muchacho como yo. El viejo pasaba la mayor parte del tiempo
en la mar, y casi nunca ponía pie en casa. Incluso cuando
volvía a casa, no me trataba con la calidez y el cariño que
se esperaba de un padre. Se había acostumbrado a vivir
solo y lo suyo no era la hospitalidad ni el intercambio de
palabras vanas. Por otro lado, nunca esperé que un viejo
marino entendiera la forma de ser de un jovencito. A menudo
concluía que mis jovialidades eran una miserable intromisión
en su rígido estilo de vida, aunque debo admitir que nunca
me faltó techo y comida. Me parecía estar en deuda con él por
cuidar de mí tras la enfermedad y la muerte de mis padres, y
me propuse algún día corresponder a su generosidad.

—Juro que habré languidecido antes de que lleguen las vituallas a la mesa, niño —protestó el anciano.

Mientras el capitán se hacía a la mar, por lo general me dejaba a cargo de la lúgubre casucha que el tío Joseph y yo llamábamos hogar. Allí aprendí a improvisar comidas para los dos, y hacía lo que podía por mantener la casa en pie. La rústica cabaña de piedra se encontraba a pocos pasos del embarcadero de una aldea de pescadores, pues aquel era el puerto en el que el capitán *Craig* prefería pasar el invierno.

La rústica cabaña y sus rudimentarios muebles acusaban la falta de lo que pudiera haber sido una tía *Craig*. La sala principal estaba atestada de objetos náuticos: ropajes empleados en alta mar, distintas clases de remos y demás parafernalia relacionada con las embarcaciones. Una gigantesca chimenea nos mantenía calientes en invierno e iluminados de noche, y era casi lo único que daba un toque hogareño a las cuatro paredes.

Aquella tarde, mientras nos sentábamos a comer los escasos alimentos, solo el sonido de las jarcias de los barcos en el puerto y el solitario graznido de las gaviotas interrumpía el silencio.

Finalmente el viejo levantó la cabeza de entre sus alimentos. Dirigiéndome una mirada bajo las espesas cejas de color gris, anunció:

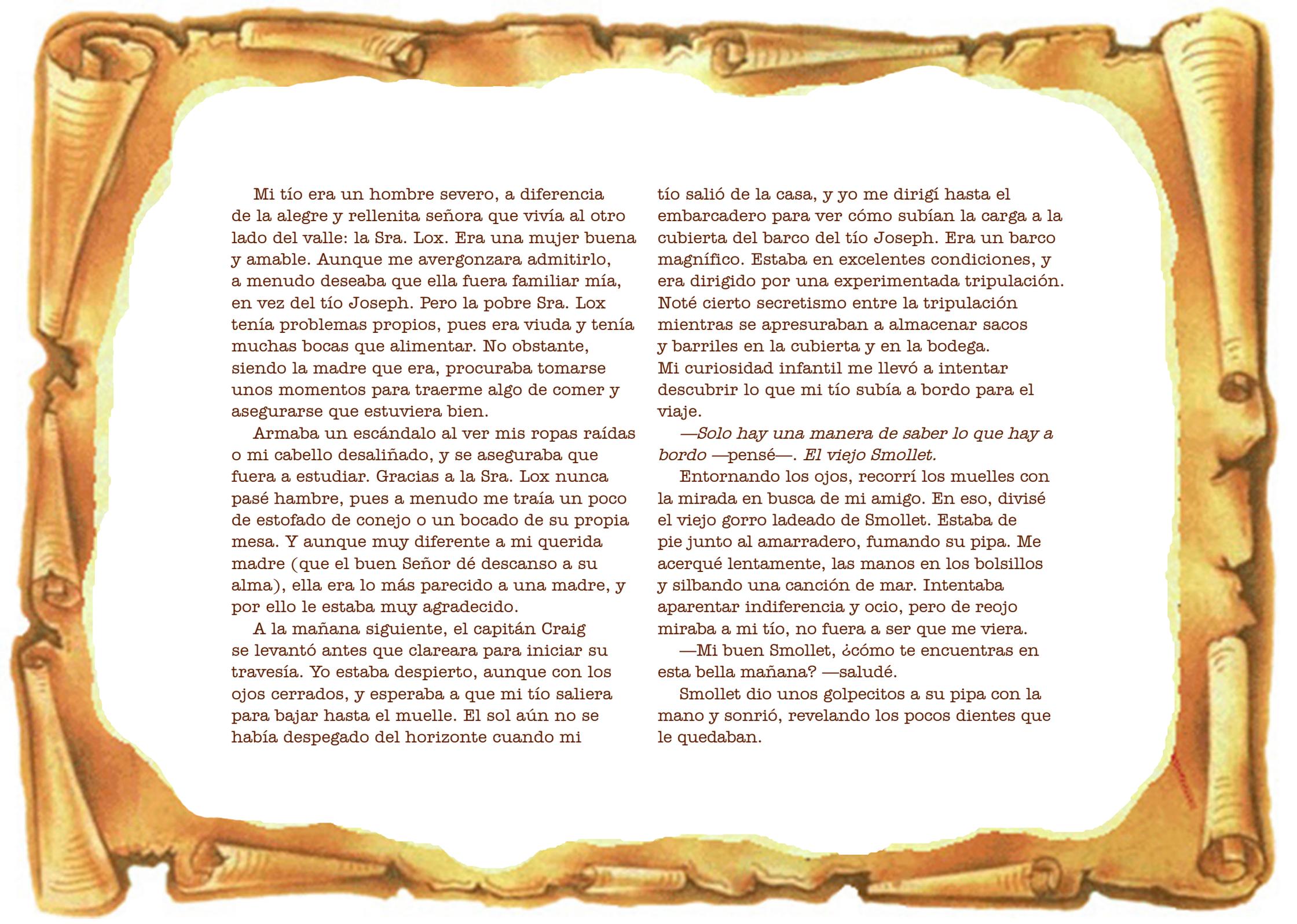
—Thomas, mañana partiré hacia las Azores. Le he pedido a la Sra. Lox que te

eche una mirada de vez en cuando, por lo que quiero que te comportes. Más vale que no te metas en problemas.

—Pero tío —protesté—, ¿no puedo ir contigo esta vez? Yo... La severa respuesta del capitán no se hizo esperar.

—Thomas, ya hemos hablado del tema. ¡El mar no es lugar para un niño! Y eso es lo que eres: un niño. No has pasado ni un día a la mar, y te digo que es una *mujer* loca y despectiva. Echarías el estómago por la borda, y a lo mejor hasta el corazón. No, niño. Te quedarás aquí, en tierra firme. Y no quiero escuchar una palabra más.





Mi tío era un hombre severo, a diferencia de la alegre y rellenita señora que vivía al otro lado del valle: la Sra. Lox. Era una mujer buena y amable. Aunque me avergonzara admitirlo, a menudo deseaba que ella fuera familiar mía, en vez del tío Joseph. Pero la pobre Sra. Lox tenía problemas propios, pues era viuda y tenía muchas bocas que alimentar. No obstante, siendo la madre que era, procuraba tomarse unos momentos para traerme algo de comer y asegurarse que estuviera bien.

Armaba un escándalo al ver mis ropas raídas o mi cabello desaliñado, y se aseguraba que fuera a estudiar. Gracias a la Sra. Lox nunca pasé hambre, pues a menudo me traía un poco de estofado de conejo o un bocado de su propia mesa. Y aunque muy diferente a mi querida madre (que el buen Señor dé descanso a su alma), ella era lo más parecido a una madre, y por ello le estaba muy agradecido.

A la mañana siguiente, el capitán Craig se levantó antes que clareara para iniciar su travesía. Yo estaba despierto, aunque con los ojos cerrados, y esperaba a que mi tío saliera para bajar hasta el muelle. El sol aún no se había despegado del horizonte cuando mi

tío salió de la casa, y yo me dirigí hasta el embarcadero para ver cómo subían la carga a la cubierta del barco del tío Joseph. Era un barco magnífico. Estaba en excelentes condiciones, y era dirigido por una experimentada tripulación. Noté cierto secretismo entre la tripulación mientras se apresuraban a almacenar sacos y barriles en la cubierta y en la bodega. Mi curiosidad infantil me llevó a intentar descubrir lo que mi tío subía a bordo para el viaje.

—Solo hay una manera de saber lo que hay a bordo —pensé—. *El viejo Smollet.*

Entornando los ojos, recorrí los muelles con la mirada en busca de mi amigo. En eso, divisé el viejo gorro ladeado de Smollet. Estaba de pie junto al amarradero, fumando su pipa. Me acerqué lentamente, las manos en los bolsillos y silbando una canción de mar. Intentaba aparentar indiferencia y ocio, pero de reojo miraba a mi tío, no fuera a ser que me viera.

—Mi buen Smollet, ¿cómo te encuentras en esta bella mañana? —saludé.

Smollet dio unos golpecitos a su pipa con la mano y sonrió, revelando los pocos dientes que le quedaban.

—Es una hermosa mañana, joven Thomas, y me siento contento. Cuéntame que te trae a los embarcaderos, chaval —el viejo me dirigió una mirada sospechosa—. Y dime por qué no te estás preparando para ir al colegio.

—Yo... este... he venido a despedirme de mi tío, y a desearle un buen viaje —contesté.

—¡Por supuesto! —se burló Smollet, con los ojos como platos, como si estuviera sorprendido—. ¿Y cuándo ocurrió el cambio de corazón en el anciano?

Smollet conocía bien a Joseph Craig, y sabía que el capitán no aprobaba que perdiera el tiempo en los muelles.

—Thomas, mi gallardo mancebo, cuéntame qué es lo que te traes entre manos, estando el barco de tu tío aún amarrado al muelle.

Smollet me dirigió una inquisitiva mirada e hizo una mueca llena de perspicacia y entendimiento. Me agradaba no poder esconderle el asunto al viejo Smollet, aunque nunca lo hubiera reconocido.

Edward Smollet había sido un buen marinero, pero un accidente en alta mar le dejó tres dedos menos y una pierna coja. Desde entonces trabajaba como estibador. Me encantaba escuchar los cuentos y las maravillosas aventuras que narraba el marinero de piel curtida, aunque supongo que el querido Smollet disfrutaba aún más contándolas.

Respondí en un susurro.

—Pues, querido amigo —Smollet se inclinó para escuchar mejor—, me gustaría saber qué es lo que están subiendo al barco de mi tío, y supuse que tú, de todas las personas, lo sabrías.

—Así es —respondió el marino—. Sé lo que están estibando, aunque ignoro el destino al que se dirige. Con todo, tu tío en persona me ha hecho jurar el secreto. Y siendo un hombre de honor, aunque algunos no lo crean, no puedo romper mi palabra.

—Escúchame bien, joven Thomas, toma este penique y lárgate antes de que tu tío nos vea a los dos perdiendo el tiempo, y terminemos pagando por ello.

Con eso, resolví dejar el asunto... por el momento. Pero nadie, por muchos peniques que me ofreciera, podría disuadirme de observar el aparejo de mi tío —el *Halcón de mar*— levar anclas y desplegar sus velas blancas como si se tratara de una ave majestuosa.

—*Algún día* —pensé— *demostraré que puedo ser marinero.*



LOS BUCANEROS

Esa noche, en un oscuro rincón de *El chacal* — una sucia taberna cargada de humo—, hogar de los piratas y asesinos más despiadados en surcar los siete mares, hablaban tres desgraciados personajes de mala reputación. Entre ellos fraguaban los más perniciosos planes. A espaldas del capitán Craig, se preparaban para asaltar el *Halcón de mar* y su tripulación porque había llegado a sus oídos el rumor de que llevaba un cargamento muy valioso.

Briggins, el más grande y rudo de los tres, gruñía a sus compañeros:

—Así es, amigos, ¡me escucharon bien! ¡Soberanos de oro escondidos en los sacos de grano! En este momento el capitán Craig navega con buen viento rumbo al sur del Mediterráneo. Su ruta incluye el puerto de Lisboa, donde anclará durante tres días. Si nos damos prisa en llegar a las Azores, podremos asaltar al viejo, ¡y tomar su tesoro!

—Llegaremos a las islas antes que el *Halcón de mar*, donde les tenderemos una emboscada. Una vez abordado, nos dividiremos las ganancias entre los tres, y hundiremos el barco. ¿Qué dicen, mis viles bellacos?

Bartlett, un hombre demacrado y ojoso, torció el rostro en una horrible mueca. Incliniéndose lentamente hacia sus compañeros, dijo con voz ronca y gutural:

—Es un buen plan, y nos dará una buena remuneración. Pero no hundiremos el *Halcón de mar*. Es una nave hermosa, y me gusta. Tengo planes para ella, lo juro. Pronto navegaré por el Caribe, un paraíso de la piratería, y necesito un buen barco para la excursión.

—¿Qué dices, McGuire? —preguntó Bartlett al tercero.

—Quédate con el barco. ¡Los soberanos de oro serán míos! —rió McGuire de forma tan siniestra que produjo escalofríos a quienes lo oyeron.

—¡Un brindis por el mar, y por las riquezas de los demás! —exclamó Briggins.

Con eso, levantaron sus copas en nefasto saludo.



LA ORACIÓN DE UN NIÑO

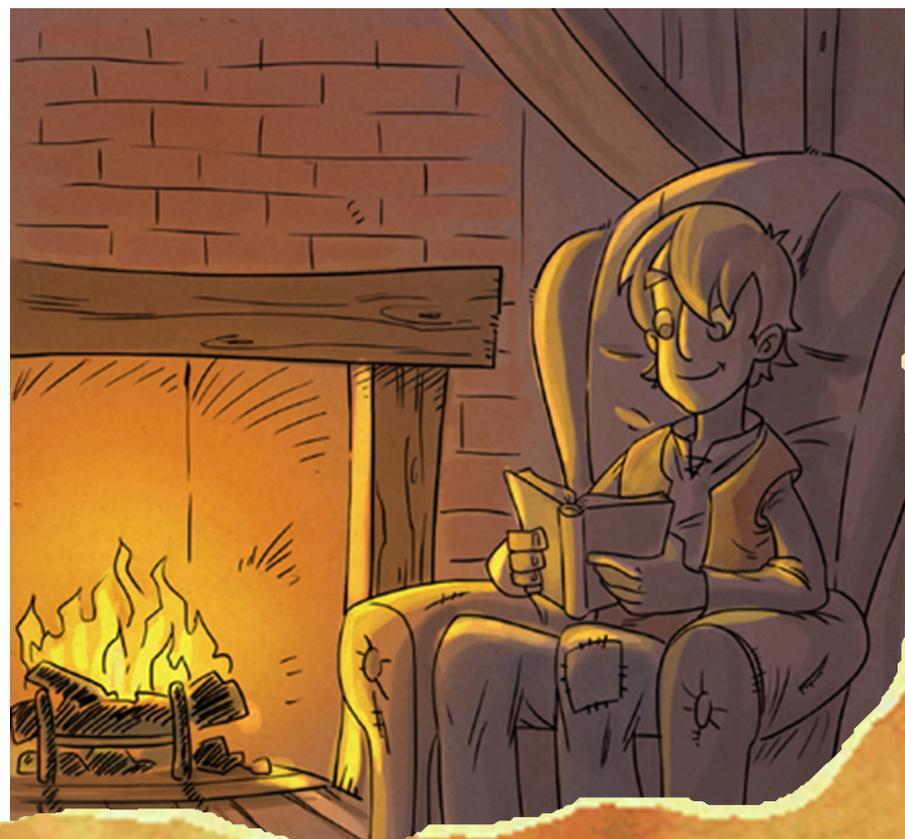
Al otro lado de la ciudad, en la cabaña de mi tío, dejé mis estudios y empecé a hojear las páginas de una vieja y ajada Biblia. Hacerlo me producía mucha nostalgia, pues había pertenecido a mis padres. Aparte del viejo libro, mi padre no me había legado gran cosa, excepto mi herencia cristiana. Eso sí, no debe ignorarse que la educación cristiana vale más que ducados de oro y plata.

Sentado frente al chisporroteante fuego y embelesado por el alegre baile de las llamas en la chimenea, recordaba las noches en que mi padre me leía mis relatos favoritos junto a la chimenea de nuestro hogar. Extrañaba muchísimo a mis padres. Sin embargo, entre las ajadas páginas de ese viejo libro encontraba una pequeña llama de esperanza, pues contenían la promesa de la vida eterna. Creía que algún día me reuniría con mis amados padres, pero hasta entonces me propuse ser fiel a las enseñanzas cristianas que mis padres me habían inculcado de pequeño.

Mientras meditaba en todo ello empecé, casi sin querer, a elevar una oración. Recuerdo haber hablado como si me dirigiera a un amigo. Mi tono de voz era tan natural que Red, el setter irlandés de mi tío Craig, que también se calentaba junto al fuego, levantó las orejas, esperando ver entrar al capitán.

—Querido Señor —oré—, no puedo entender por qué has permitido que sucedan tantas cosas en mi vida. La muerte de mis padres parece haberme dejado con tan poco. Sin embargo, en Tu Palabra, Señor, aseguras que *todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios*.

De pronto ocurrió algo sobrenatural. Sentí una presencia, como si mi padre se encontrara allí, en el mismo cuarto. En tonos reverentes, susurré:





—Querido padre, los he extrañado mucho a los dos. Pero intento ser valiente. He crecido bastante desde que murieron, papá —se me hizo un nudo en la garganta y me tembló la voz—. Siempre significarán mucho para mí. Intento tener paciencia con el tío Joseph, pero no es una persona muy paternal. Al menos eso parece.

Abrí la Biblia y descubrí en una de las amarillentas páginas un poema, escrito con el puño y letra de mi madre.

Duerme, duerme y descansa, mi amado;
reposa tu cabeza en el pecho de nuestro Señor;
te amo mucho, pero Jesús te ama como ninguno.
¡Buenas noches!

Hasta que las sombras de esta tierra se ahuyenten,
hasta que recoja Sus gavillas nuevamente,
hasta que la luz de la aurora aumente,
¡buenas noches!

Solo *buenas noches*, amado; y no una despedida.
Un poco más y a Sus santos reunirá aquel día.
Donde nunca volverán a haber partidas.
¡Buenas noches!

Sarah Doudney

Y con esos reconfortantes y esperanzadores pensamientos, cerré la Biblia y me eché a dormir.

LOS DOS SUEÑOS

Aquella noche tuve un extraño sueño. Mi tío Craig estaba sentado en la cubierta de su barco, sorbiendo té y comiendo galletas, sin darse cuenta del gigantesco remolino que se formaba a sus espaldas. Al parecer, el *Halcón de mar* sería engullido por la tormenta. La situación era tan extraña que, de no ser por su gravedad, habría resultado divertida para un jovencito de mi edad.

Yo me encontraba en la orilla, donde agitaba los brazos y gritaba a mi tío. Pero el rugido de las olas ahogaba el sonido de mis advertencias. El barco estaba a punto de ser arrastrado a las profundidades, cuando desperté muy sobresaltado. Me senté de inmediato en la cama. Estaba empapado de sudor.

—Qué sueño tan extraño —me dije—. Debo estar muy preocupado por mi tío. Pero sé que el viejo lobo de mar puede cuidarse a sí mismo. Más vale que vuelva a acostarme y trate de descansar, en vez de preocuparme de sueños y demás.

Volví a acostarme, pero tan pronto quedé dormido tuve otro sueño. También asombroso. Esa vez se me apareció mi padre. Estaba suspendido sobre la chimenea y solo lo veía de la cintura para arriba. En tonos sombríos, me advirtió que mi tío corría un grave peligro.

—Thomas, debes encontrar a tu tío y ayudarle —dijo mi padre.

—¿Pero cómo haré eso? —pregunté—. Nunca me he hecho a la mar. No tengo dinero ni para comprar una gallina, mucho menos para emprender un viaje a las Azores.

Mi padre respondió mostrándome un mapa muy antiguo y medio destrozado. Y me recitó la siguiente adivinanza:

Toma este mapa y estúdialo bien,
pues un secreto contiene.
La dirección que deberás seguir verás
escondida entre sus pliegues.

Empezó a desvanecerse lentamente, y el sueño terminó. Cuando desperté a la mañana siguiente, me sentía muy inquieto por lo que había soñado y me pregunté si sería cierto. Pero temía que si les contaba a otros los sueños, creerían que me había vuelto loco.

Las semanas pasaron. Había decidido desechar el asunto en vez de hacer algo al respecto, y para entonces había olvidado lo soñado. Pero temprano una mañana, mientras me preparaba para estudiar, alguien tocó a la puerta. Más que tocar, la persona casi echaba abajo la puerta. Parecía traer un asunto muy urgente.



Corrí a la pesada puerta de madera y pregunté:
—¿Qué desea, buen peregrino?

El hombre al otro lado de la puerta respondió:
—No soy un peregrino, Thomas, sino un buen amigo tuyo.

Me apresuré a abrir la puerta al reconocer la voz de Smollet. El pobre estaba sin aliento, y se veía muy pálido.

—Thomas, jovencito —me dijo—. Acabo de enterarme de una desgracia. Tu tío y sus hombres han caído en las garras de los malvados bucaneros que merodean por estas desgraciadas aguas.

Al escuchar esas palabras me sentí débil y enfermo. Tuve que recostarme en una silla. En ese momento supe que debía haberle contado a alguien mis sueños.

—Mi buen Smollet, ven y siéntate. Tengo una extraña historia que contarte. Debes escucharla —dije.

Al terminar de contarle mis sueños a Smollet, el viejo marino se reclinó en su silla, mudo de asombro.

—Pero Thomas, ¿por qué no me habías hablado de ello antes? —preguntó.

—No pensé que nadie me creería. Y temía que empezaran a creerme loco —me defendí.

Smollet me dirigió una lastimosa mirada y respondió:

—El mundo esconde muchas cosas que podrían considerarse locura, joven Thomas, pero la sencilla fe de un jovencuelo para creer en lo que no se ve no es una de ellas. ¿Dónde está el mapa del que habló tu dichoso padre?

Rápido como un rayo busqué el mapa de mi tío y lo extendí sobre la mesa. Ambos nos inclinamos para estudiarlo. Smollet se acariciaba los bigotes grises, mientras murmuraba el poema:

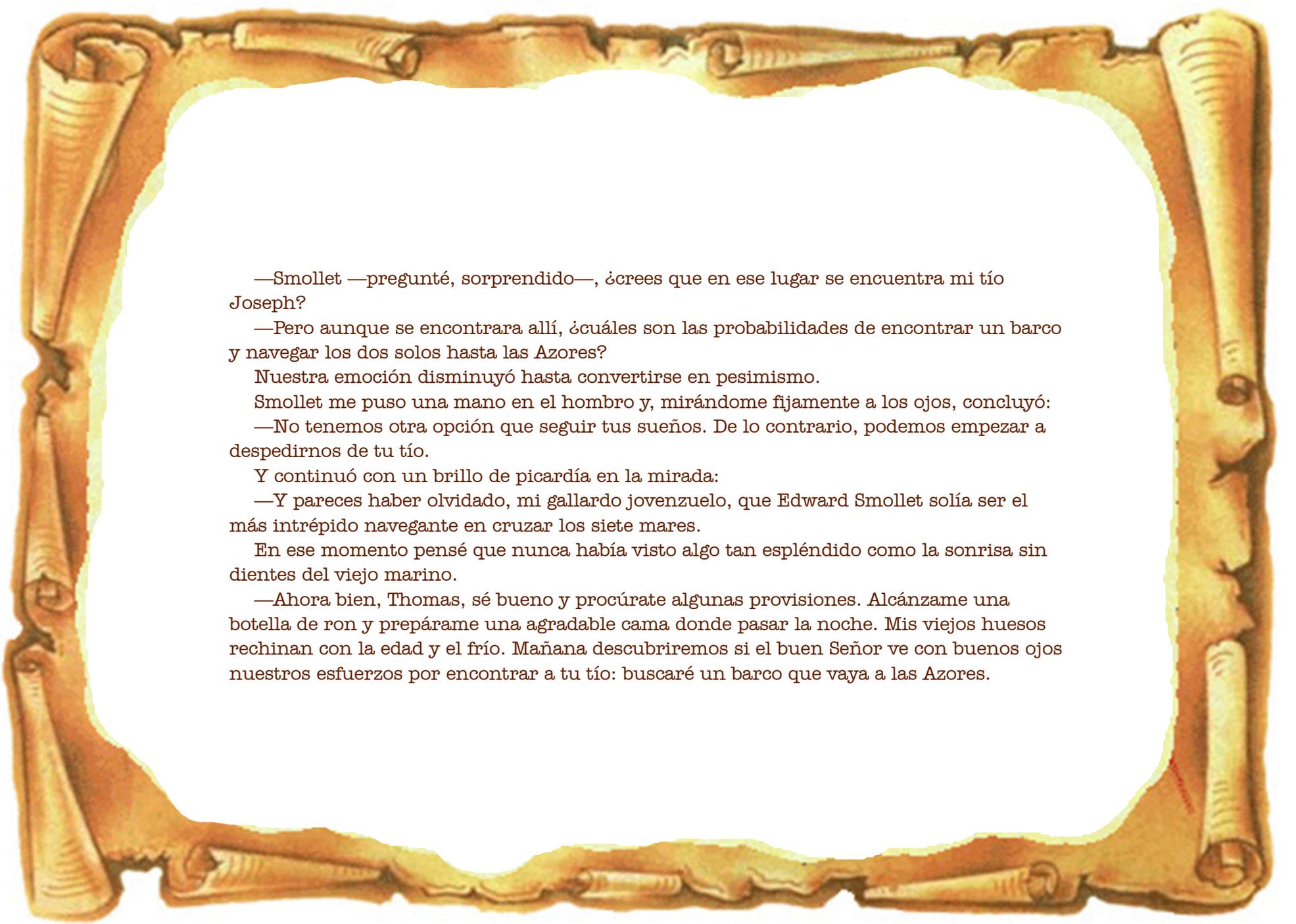
Toma este mapa y estúdialo bien,
pues un secreto contiene.
La dirección que deberás seguir verás
escondida entre sus pliegues.

—¿Qué supones que significa eso de *sus pliegues*? —pregunté.

Smollet dio una exclamación de sorpresa.

—Thomas, ¡mira esto! Los dobleces del mapa se cruzan sobre esta isla diminuta. Es parte de las Azores, el lugar al que se dirigía tu tío.





—Smollet —pregunté, sorprendido—, ¿crees que en ese lugar se encuentra mi tío Joseph?

—Pero aunque se encontrara allí, ¿cuáles son las probabilidades de encontrar un barco y navegar los dos solos hasta las Azores?

Nuestra emoción disminuyó hasta convertirse en pesimismo.

Smollet me puso una mano en el hombro y, mirándome fijamente a los ojos, concluyó:

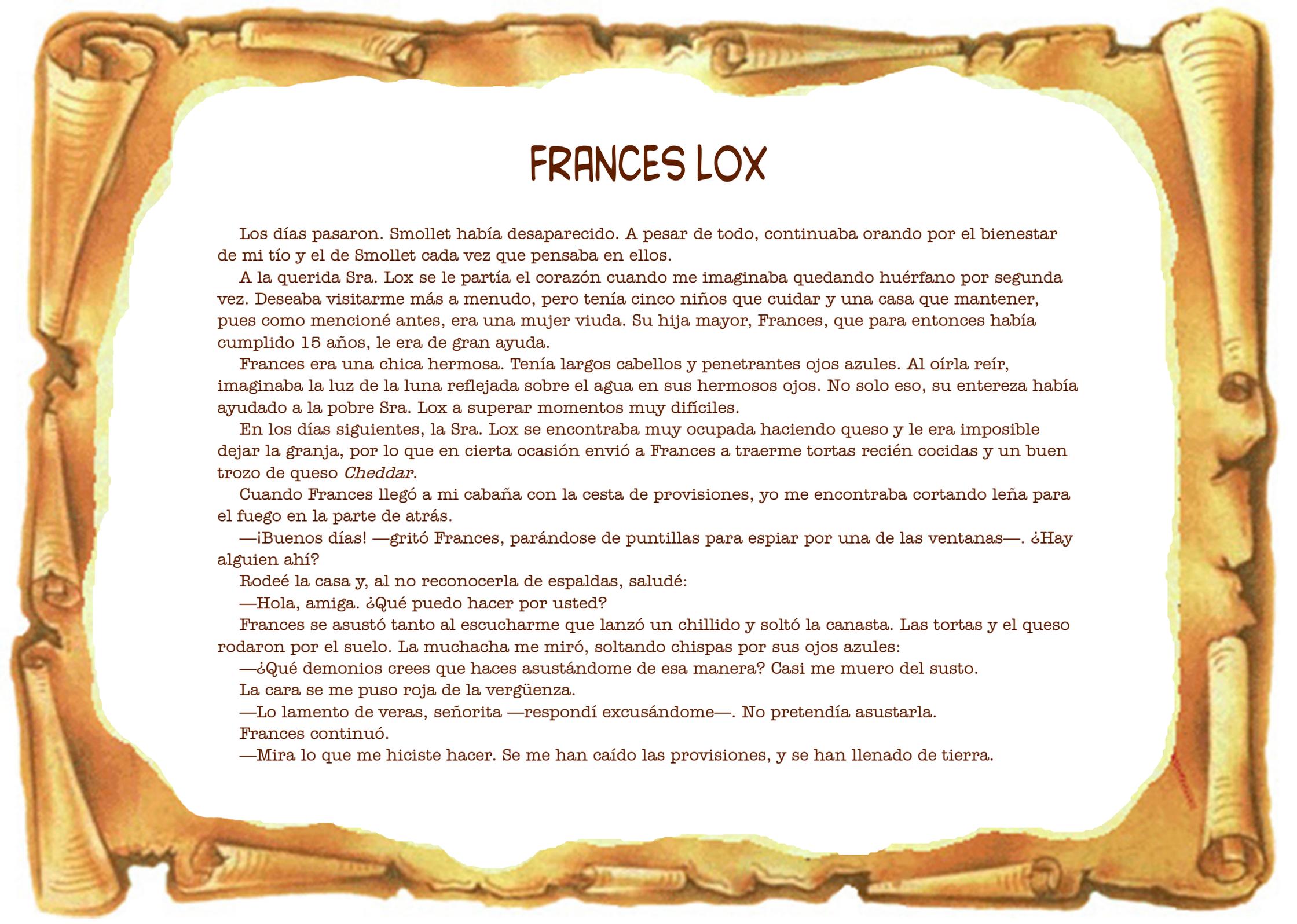
—No tenemos otra opción que seguir tus sueños. De lo contrario, podemos empezar a despedirnos de tu tío.

Y continuó con un brillo de picardía en la mirada:

—Y parece haber olvidado, mi gallardo jovenzuelo, que Edward Smollet solía ser el más intrépido navegante en cruzar los siete mares.

En ese momento pensé que nunca había visto algo tan espléndido como la sonrisa sin dientes del viejo marino.

—Ahora bien, Thomas, sé bueno y procúrate algunas provisiones. Alcánzame una botella de ron y prepárame una agradable cama donde pasar la noche. Mis viejos huesos rechinan con la edad y el frío. Mañana descubriremos si el buen Señor ve con buenos ojos nuestros esfuerzos por encontrar a tu tío: buscaré un barco que vaya a las Azores.



FRANCES LOX

Los días pasaron. Smollet había desaparecido. A pesar de todo, continuaba orando por el bienestar de mi tío y el de Smollet cada vez que pensaba en ellos.

A la querida Sra. Lox se le partía el corazón cuando me imaginaba quedando huérfano por segunda vez. Deseaba visitarme más a menudo, pero tenía cinco niños que cuidar y una casa que mantener, pues como mencioné antes, era una mujer viuda. Su hija mayor, Frances, que para entonces había cumplido 15 años, le era de gran ayuda.

Frances era una chica hermosa. Tenía largos cabellos y penetrantes ojos azules. Al oírla reír, imaginaba la luz de la luna reflejada sobre el agua en sus hermosos ojos. No solo eso, su entereza había ayudado a la pobre Sra. Lox a superar momentos muy difíciles.

En los días siguientes, la Sra. Lox se encontraba muy ocupada haciendo queso y le era imposible dejar la granja, por lo que en cierta ocasión envió a Frances a traerme tortas recién cocidas y un buen trozo de queso *Cheddar*.

Cuando Frances llegó a mi cabaña con la cesta de provisiones, yo me encontraba cortando leña para el fuego en la parte de atrás.

—¡Buenos días! —gritó Frances, parándose de puntillas para espiar por una de las ventanas—. ¿Hay alguien ahí?

Rodeé la casa y, al no reconocerla de espaldas, saludé:

—Hola, amiga. ¿Qué puedo hacer por usted?

Frances se asustó tanto al escucharme que lanzó un chillido y soltó la canasta. Las tortas y el queso rodaron por el suelo. La muchacha me miró, soltando chispas por sus ojos azules:

—¿Qué demonios crees que haces asustándome de esa manera? Casi me muero del susto.

La cara se me puso roja de la vergüenza.

—Lo lamento de veras, señorita —respondí excusándome—. No pretendía asustarla.

Frances continuó.

—Mira lo que me hiciste hacer. Se me han caído las provisiones, y se han llenado de tierra.

—Está bien. De veras —le aseguré mientras me agachaba a ayudarla a recoger la comida—. Te estoy muy agradecido por ellas. Además, he comido cosas en peor estado. Deberías probar la comida que hace mi tío. En comparación, estas tortas, por muy sucias que estén, saben a maná del cielo.

Frances dejó escapar una risita.

—Lo lamento —se disculpó Frances—. Mi madre me envió para darte consuelo y me temo que he logrado todo lo contrario.

—En absoluto —le aseguré—. Mi día se ha iluminado desde el momento en que te vi.

Fue el turno de Frances de ruborizarse.

—Bueno... este... más vale que vuelva a casa —se excusó Frances, intentando disimular su vergüenza—. Mi madre está muy ocupada y precisa mi ayuda.

Me di cuenta de que la había incomodado, y repliqué a toda prisa:

—¿Volverás otro día? Yo... yo...

—*¡Piensa, Thomas! ¡Piensa!* —grité por dentro.

—Tengo una pequeña canasta de huevos que me gustaría regalarle a tu madre. ¿Podrías llevárselos de parte mía? Sabes que nunca los aceptaría de mi mano.

En ese momento me pareció que Frances me tenía cariño. Pero no estaba acostumbrada a tantas muestras de atención.

—Le preguntaré a mi mamá si me permite volver en estos días —me dijo—. Hasta entonces, que te vaya bien, Thomas Craig.

Cuando pronunció aquellas palabras, sentí una extraña sensación. Era como un hormigueo en el estómago. No sabría explicarlo, pero asumí que debía guardar alguna relación con Frances Lox.

—*Es una chica guapísima. Y ha cambiado tanto desde la última vez que la vi.*



LA BÚSQUEDA

Pocos días después de la visita de Frances Lox, Smollet reapareció. Traía buenas noticias. Había encontrado un barco que partía pronto con rumbo a las Azores. El capitán y Smollet eran viejos amigos, y como parte de la tripulación había caído enferma, necesitaban más marinos. No era un plan sencillo. Nadie conocía el motivo de nuestra travesía, ni la misión que planeábamos llevar a cabo. Pero nuestra fe y determinación eran inquebrantables. Y al inscribirnos como parte de la tripulación de *Albatros*, con rumbo a las islas de Azores, nuestra confianza aumentó.

A la mañana siguiente me dirigí a los muelles con Smollet para conocer el maravilloso barco *Albatros*. Pero al verlo se me cayó el alma a los pies. Era una nave pequeña. Precisaba reparaciones urgentes. Por su parte, Smollet insistía en que se trataba de *pequeñeces, diminutas reparaciones superficiales*.

—Debajo de ese viejo cascarón, joven Thomas, se encuentra una hermosa y fina señora. Con la ayuda del buen Señor y de tu padre, ella nos ayudará a rescatar a tu tío —declaró Smollet, pura confianza.

Pero ello no cambiaba el hecho de que la nave era un vejestorio. Su casco estaba tapado de lapas. Los camarotes eran muy estrechos, y no cabíamos todos allí. No obstante, después de una ajetreada noche de reparaciones, logramos prepararla para su travesía en alta mar. Con provisiones a bordo y el viento a nuestras espaldas, el *Albatros* finalmente partió mar adentro.

Mi sueño de conocer los océanos finalmente se hacía realidad. Los días pasaron, y con ellos empecé a sentirme a gusto con el balanceo y las oscilaciones de la nave. El viento y las olas nos eran favorables. Pronto la pequeña embarcación se alejaba de las costas de Gran Bretaña y enfilaba hacia las islas en medio del Atlántico.

Smollet era un verdadero lobo de mar. Solo de verlo aprendí muchísimas cosas. Durante el viaje me enseñó a usar el sextante, el compás y demás utensilios náuticos para mantener la nave en curso. Navegar en alta mar había sido desde hacía mucho tiempo mi pasión, pero el peso de la responsabilidad que mi compañero y yo habíamos tomado me preocupaba mucho. Había mucho en juego.

A bordo, el viejo Smollet no me hacía ningún favor. Insistía en que contribuyera a llevar la carga como todos los demás. Por mi parte, estaba deseoso de aprender nuevos deberes. Pronto aprendí a trepar el mástil y a recoger velas y jarcias. Fregué la cubierta y eché agua por la borda.

Para medir la velocidad del barco echábamos una cuerda anudada con pesos al agua desde la popa. Al contar los nudos que pasaban por la mano durante un período determinado de tiempo sabíamos a qué velocidad viajábamos. Memorice las principales corrientes marinas. Tomé nota del viento que nos empujaba continuamente en distintas direcciones. Mi confianza aumentaba conforme descubría los misterios que esconde el mar, y al cabo de poco estaba seguro que en cuestión de días arribaríamos a nuestro destino.

Mientras más nos acercábamos, sin embargo, más ansioso me ponía al pensar en las escasas probabilidades de encontrar a mi tío. Y aunque encontráramos al capitán Craig, ¿qué podíamos hacer? Esa clase de pensamientos me atormentaban, pero me obligaba a recordar que Dios me había enviado a mi padre en sueños. Sencillamente obedecíamos la guía de Su Espíritu. La idea carecía tanto de lógica que solo nos quedaba aferrarnos a las promesas divinas. Las circunstancias eran de tanta gravedad que aprendí a depender como nunca de los momentos que pasaba a solas escuchando la serena voz del Señor. Aprendí a confiar en que Él estaba al control de todo.

Una noche, como de la nada, empezó a soplar un viento fortísimo de occidente. Nuestro pequeño bote fue sacudido con tanta furia que perdimos el curso. Durante tres días no vimos señales de tierra. Ni siquiera divisábamos el sol o las estrellas. Entregados al instinto y a los cálculos del capitán, finalmente encontramos refugio en un pequeño islote. Las aguas de la bahía estaban lo bastante tranquilas como para permitirnos capear la tormenta. Anclamos, agradecidos de no tener que seguir batallando con la furia de los elementos.



A la mañana siguiente la tormenta continuaba. La furia del viento era tal que el capitán decidió capear el temporal en la bahía hasta que pudiéramos zarpar de nuevo sin correr peligro. Aunque admitía que era una sabia decisión, la impaciencia que sentía por encontrar a mi tío no me permitía descansar, a diferencia del resto de la tripulación, incluyendo a Smollet.

Me enfundé en ropa para protegerme de la lluvia, y salí a la cubierta del barco. La tormenta no parecía amainar. Los pocos barcos atados al muelle se balanceaban y sacudían a merced de las olas. Apoyado en la baranda del barco, miraba la interminable capa gris de lluvia, cuando el reflejo de un rayo captó mi atención. De pronto me quedé pasmado. ¡No podía dar crédito a lo que veía! Ante mis ojos atónitos se alzaba —como un fantasma entre la niebla— el *Halcón de mar*. *¿Me estoy volviendo loco? ¿O será verdad?*

Otro rayo iluminó la noche. Era verdad. Me restregué los ojos, la boca abierta de par en par. En la distancia se perfilaba la silueta del *Halcón de mar*, fondeado en un aislado brazo y apartado del muelle principal.

—¡Qué extraña manera tuvo Dios de dirigirnos a este lugar abandonado! —pensé—. No cabe duda que es el barco de mi tío, ¿pero qué habrá sido de él y de su tripulación?

—¿Estarán a bordo? —me preguntaba—. ¿Continuarán con vida?

Los pensamientos se atropellaban en mi mente. Corrí a toda prisa hacia la cabina, donde Smollet se encontraba echado en una hamaca, fumando su pipa. Lleno de emoción le conté mi descubrimiento a mi amigo de cabellos grises.

—Pero, amigo mío —exclamó Smollet—, ¿será posible que hayamos encontrado a tu tío con tanta facilidad? Examinemos bien el asunto.

Volvimos a la portilla, donde Smollet oteó en la distancia con un catalejo. El siguiente destello de un rayo reveló, para su sorpresa, la nave de mi tío. Estaba igual que el día que izó sus velas por primera vez para hacerse a la mar.

—Tal como suponía —murmuró el anciano—. La bandera que ondea en el viento no es la de tu tío. Y la guardia que merodea por el barco definitivamente no es su tripulación.

—No hay ninguna duda. Es el *Halcón de mar*, joven Thomas —resumió Smollet con gravedad—. Pero a juzgar por su tripulación, solo queda suponer —como temíamos— que ha caído en manos de bandidos. La nave se encuentra en poder de los piratas.

—Por Dios, no, Smollet —grité—. ¿Qué podemos hacer? ¡No estamos preparados para combatirlos!

—No pierdas el ánimo, Thomas —replicó mi amigo, posando una pesada mano en mi hombro—. Busquemos al Señor esta noche. Sé que Él nos dirá qué hacer.

El plan tendría que ser de una audacia descarada. Y eso fue justamente lo que hicimos.



EL PLAN

La furia de la tormenta pronto cedió y las olas se calmaron. Bajo el manto de la noche, Smollet y yo abordamos un bote de remos de *Albatros* y nos dirigimos al *Halcón de mar*. Cuando nos acercábamos, me sumergí cuidadosamente en las aguas opacas y nadé en el más absoluto silencio hasta el barco. Llevaba una cuerda en la mano y una bolsa con pólvora entre los dientes.

Al llegar a la línea de flotación del casco podía escuchar los gritos y el alboroto que hacían los piratas borrachos en su cubierta. Lancé la cuerda a la cubierta del barco y el garfio se enganchó firmemente en su reja. Haciendo gala de agilidad escalé el barco.

Llegué a la baranda y estaba a punto de trepar a cubierta, cuando me detuve, petrificado. Dos piratas borrachos se encontraban justo encima de mí. No me quedaba más remedio que aferrarme a la cuerda. Los corsarios estaban a un par de pies del lugar en el que había asegurado la cuerda. De verme, sería mi fin y el de mi tío. Podía escucharles gritar y alardear del botín.

El enojo que sentí en ese momento hacia los piratas surgió en mi pecho con tanta fuerza que el miedo se desvaneció. Era un joven valiente y con mucha fuerza. Consideré que sería un buen oponente para los dos perros borrachos. Pero no me atrevía a mostrarme. No solo estaba en juego mi vida, sino también la de mi tío y sus hombres. Tan pronto los corsarios se alejaron, salté a cubierta. Me movía con el sigilo de un ratón.

Me dirigí con cautela al calabozo del barco. Tal como sospechaba, allí estaban encerrados mi tío y sus hombres. Tras pesados barrotes, aguardaban el destino que decidieran para ellos sus captores. Me acerqué de puntillas a la reja y susurré el nombre de mi tío.

—¡Thomas! —respondió el viejo, atónito—. ¿Eres tú? Debo estar soñando.

—Soy yo, mi querido tío. He ideado un plan para liberaros.

—¿Cómo en el nombre de Dios nos encontraste en este maldito lugar? —preguntó mi tío en desconcierto.

—No hay tiempo para explicaciones. Lo sabrás a su tiempo —respondí.

Procedí a revelarles la siguiente parte de nuestro plan.

—Escuchen bien. Este es el plan. Divídanse esta pólvora entre todos los tripulantes...

A la mañana siguiente, el capitán llevó nuestro barco maltrecho al muelle para ser restaurado. Le habíamos informado de lo ocurrido y había accedido a ayudar. Smollet atravesó el muelle en dirección al lugar donde estaba anclado el *Halcón de mar*. Me llevaba en frente suyo, atado de manos y amordazado. Sostenía un trabuco, apuntado a mi cabeza, y gritó enojado mientras nos acercábamos a la plancha de la nave.

—El dueño de este niño morirá por los actos delictivos que ha cometido contra mi persona y mi miserable tripulación —rugió Smollet.

El guardia apostado sobre el barco apuntó un mosquete en dirección a Smollet y gruñó con sorna:

—Lárgate, anciano, antes que os haga saltar a los dos en pedazos.

—Lo pensarías dos veces antes de hacerlo, si supieras lo que yo sé —le respondió a gritos Smollet.

El guardia vaciló por un momento. Pero enseguida replicó:

—No me obligues a repetirlo, estúpido bellaco, o sus cadáveres servirán de alimento para los peces.

—El niño jura ser parte de su tripulación —replicó Smollet.

Me ordenó quitarme la camisa. Al hacerlo, se revelaron llagas de color rojo en mis brazos y torso. El rostro del guardia se transformó lentamente de una mueca de desprecio a una de terror. Bajó el mosquete lentamente, balbuceando:

—¡Es la peste!

Su voz creció hasta volverse frenética:

—¡La plaga! Maldición por maldición nos ha enviado Dios, para atormentarnos de esa manera.

Los alaridos del guardia despertaron a McGuire y a Bartlett, que entre gritos preguntaron al guardia por el motivo de tanto alboroto.

—¿A qué se debe tanto jaleo? ¿Has perdido la cordura? —vociferó McGuire.

—¡Es verdad! ¡La he perdido! Los hombres a

quienes hicimos mal nos han pagado con la misma moneda. ¡Tienen la peste!

—¡No seas tonto! ¡Es un truco! —gritó Briggins desde su camarote—. Ni el capitán ni sus hombres muestran señales de la plaga. Ve a buscar a Craig, y que lo vean nuestros camaradas, no sea que se arme un motín a bordo de este desdichado barco.

Dos fieros corsarios corrieron abajo y ordenaron al capitán ponerse en pie. Esforzándose por ver a la escasa luz de un farol, se acercaron a los barrotes. El pánico tornó el rostro de ambos en un blanco enfermizo. Las llagas de color rojo daban prueba de la horrible verdad: la plaga se había adueñado de la embarcación.

Los demás piratas esperaban arriba noticias de los prisioneros. Las miradas de terror de quienes subían se difundieron rápidamente entre toda la tripulación.

—¡La peste! —gritaban—. ¡Vamos a morir! ¡La plaga de muerte! ¡Que Dios nos ayude!



La insurrección se apoderó de todos.
—¡Tontos! —gritó McGuire a la tripulación, que había empezado a saltar al mar—. En el agua solo los esperan los tiburones. No tendrán clemencia.

—Correremos el riesgo —gritó un marino con cara de matón, momentos antes de lanzarse al agua.

Los jefes de la banda —McGuire, Briggins y Bartlett— continuaban profiriendo amenazas a sus hombres, y Smollet y yo aprovechamos la conmoción para actuar. Aprovechándome de la situación, corrí por la cubierta con el trabuco de Smollet. Abajo disparé contra el candado de la celda y liberé a mi tío y a sus hombres. Mientras arriba, Smollet rugió la señal de ataque y los hombres del *Albatros*, escondidos hasta ese momento, abordaron el buque.

Teníamos la ventaja al contar con una banda más numerosa de luchadores. Entonces nos enfrentamos a los tres jefes de los piratas. Mi tío sostenía un mosquete y su mirada brillaba con los deseos de venganza.

—Bellacos, ¿creen que podían tomar el *Halcón de mar* y escapar de la justicia divina? Hombres, aten a estos tres y a los demás piratas y pónganlos abajo. Pagarán por sus crímenes. Lo juro.

No tuvimos necesidad de vengarnos de los tres piratas. Al llegar a casa los entregamos a la ley y fueron castigados de acuerdo a sus crímenes.

Nos recibieron como a héroes. Pero el único rostro que yo buscaba en la multitud era el de Frances Lox. Allí nos reunimos, y pronto se convirtió en mi bella esposa.

Mi tío ofreció a Smollet el puesto de segundo de a bordo del *Halcón de mar*. Y yo también había

demostrado mi valía como marinero. El mar siempre fue mi afición, pero con la recompensa de mi tío y la mano de Frances Lox, volví a la granja de mis padres, donde criamos nuestra propia familia.

Resulta que la fama del viejo Joseph Craig era cierta: no podía ser más tacaño. Pero después de esa experiencia tuvo un súbito cambio de corazón. A partir de entonces, de no ser por su apariencia, hubiera sido imposible reconocerlo. Su transformación fue impresionante. Repartió sus riquezas entre las viudas y los huérfanos, dio a los pobres y necesitados, y su nueva fama de hombre bondadoso y caritativo se extendió por muchos lugares.

La Sra. Lox pudo cuidar mejor de sus pequeños después de que mi tío le obsequiara una bolsa de soberanos de oro. El relato de nuestra intrépida aventura se difundió por toda esa tierra, tanto así que se recitaba a los pequeños desde la cuna.



Supongo que se preguntarán cómo producimos llagas tan parecidas a las de la peste. El motivo de la pólvora que llevé a la tripulación de mi tío era para que cada uno se esparciera una pequeña cantidad en la piel. Luego apretaban los dientes, y la encendían. Durante la siguiente semana todos nos veíamos muy doloridos. Y aquella impresionante aventura fue añadida a la extensa lista del buen Smollet.

Para concluir el relato, permítanme incluir una moraleja:

Es ilimitado lo que se puede lograr con una actitud optimista y depositando la fe y confianza en nuestro Padre celestial.

Y así nuestra estupenda aventura
tuvo un final feliz.

El *Halcón de mar* fue rescatado
por hombres buenos y bravos:
de Dios y de los hombres paladines.

El buen Smollet obtuvo su recompensa
y en todos lados se hablaba de nuestra proeza.

Por su parte, el joven Thomas
nunca imaginó obtener,
ni en sueños, mejor recompensa.

Pues el tío y él fueron reunidos
y el *Halcón de mar* ancló en puertos seguros.

El chico empezó una nueva vida

y conquistó flamante novia
cuando se ganó el cariño de Frances Lox.

El tiempo pasó y se hicieron viejos,
hasta que se reunieron en el *Más Allá*.

La tristeza de antaño
despareció para siempre
en la tierra donde nunca jamás morirás.

Sus padres corrieron a recibirlo
cuando arribó a las playas del Cielo;
las dudas se disiparon,
las promesas de Dios son ciertas:
nuestros amados nos esperan en el otro lado.

Fin

Se encuadra en: Desarrollo personal: Virtudes: Valor-1b

Texto: Jonathon C. Ilustración: Sabine Rich. Diseño: Roy Evans.

Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2020